

«La Santa Mujer Verónica se ha sometido a un proceso de restauración»



«El Vía Crucis, un acto que da contenido religioso a un día sin procesiones»

JUEVES SANTO, 24 de marzo, 2005. Ermita de la Purísima. 21 h.

La ermita más antigua conservada en la villa sirve cada año de punto de partida al Via Crucis, un acto que da contenido religioso a un día sin procesiones, en el que se ultiman los preparativos y se reponen fuerzas para la jornada central de la celebración. Sin el resto de actos la meditación personal es el principal método de oración, en éste un sacerdote y la parroquia crevillentina dirigen el rezo hacia el Cristo del Perdón y de la Buena Muerte. Su imagen la portan sobre los hombros los costaleros. Tras un minuto de silencio dedicado al sufrimiento de los hombres y mujeres de todo el mundo, el vicario Roque Jiménez inicia la oración, que este año relacionará las catorce estaciones del Vía Crucis con problemas de la vida cotidiana. La lectura de las estaciones se entremezcla con reflexiones y cantos del Coro Parroquial en una oración multitudinaria que concluye en el Paseo del Calvario.

Nunca había logrado dormir esa noche, pero sabía que debía intentarlo para disfrutar al máximo del día. El ansiado Viernes Santo ya había comenzado cuando se acostó. Lo hizo pensando en el cielo. La lluvia del pasado año le inquietaba. No podía dejar de pensar en que hoy podría cumplirse su sueño y aunque sabía que hay muchas celebraciones de la Semana Santa más suntuosas, llamativas y ricas, ninguna tenía unas peculiaridades tan arraigadas y populares como las de Crevillent. Así se lo había hecho saber a su invitado cada vez que tenía oportunidad, por lo que no podía renunciar a mantener viva la esperanza. Entre sueños creyó verlo entre la muchedumbre que se agolpaba en la Morquera esperando el Abrazo. Pero intentando abrirse paso hasta él, se despertó. Bajo su ventana sonaba una de las tradicionales Dianas.

VIERNES SANTO, 25 de marzo, 2005. Crevillent. Mañana

Con cornetas y tambores, en banda de música o con guitarra, laúd y bandurria. Las Dianas despiertan como es costumbre a los crevillentinos, en una madrugada que deja imágenes caracterizadas por la confusión entre la noche y el día, el recogimiento y la fiesta, el sueño y el hambre. La muestra de esta confusión está en el saludo entre conocidos que es de buenos días para el que ha dormido y de buenas noches para el que no lo ha hecho. Lo que sí es cierto es que a partir de las cinco, costaleros y timbalistas se reúnen para volver a sacar a la calle sus pasos, concentrándolos por vez primera en torno a la plaza y más tarde en la Subida al Calvario. Entre tanto el chocolate con churros y toña sirve para entonarse a la espera del primero de los tres abrazos, el más completo y concurrido.

Sobre las siete y media en la Morquera no cabe un alma. Este año el gentío llena el recinto hasta pasado el puente de San Sebastián, en la calle Primero de Mayo y en la esquina de Llavador con Vall. El murmullo se convierte en silencio. La Verónica se acerca a Jesús Nazareno para limpiarle el rostro. Vuelve a sonar el público más que los tambores. El pañuelo de la santa no cae